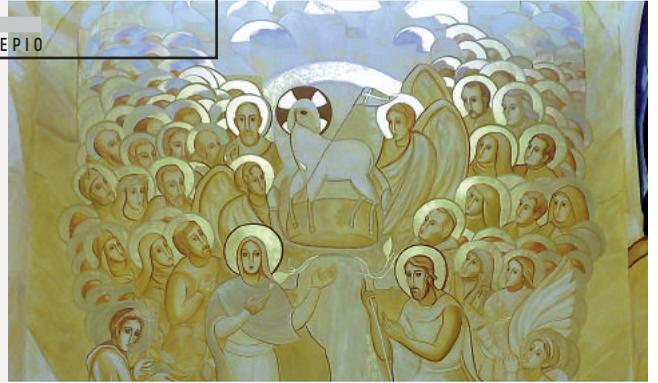


La fiesta del Resucitado y de los resucitados

por fr. FRANCESCO DILEO OFMCap



La Pascua no es la fiesta del Resucitado o, para ser más precisos, no es solo la fiesta del Resucitado, sino la fiesta de los resucitados, en plural. El único misterio de nuestra salvación, que nace de la pasión, de la muerte y de la resurrección de Jesús, nos implica como su cuerpo místico. Nos explica el Catecismo de la Iglesia Católica: “La muerte de Cristo es a la vez el sacrificio pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres” (CCC,613). “Pero, porque en su Persona divina encarnada, se ha unido en cierto modo con todo hombre, Él nos ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida [...] se asocie a este misterio pascual. Él llama a sus discípulos a “tomar su cruz y a seguirle porque Él sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas. Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios” (ib, 618). No porque el Cordero inmolado necesite, hoy como ayer, que un Cirineo le ayude a mantener el gran peso de los pecados de la humanidad por el camino del Calvario, sino porque cada uno de nosotros necesita volver a descubrir, en el Cirineo, el papel al cual el cristiano – que quiere realmen-

te serlo y no proclamarse tal – está llamado. Un papel que consiste en inclinarse a participar, cada vez más plenamente, en la naturaleza divina, teniendo presente que *Deus caritas est* (1Jn 4,16). Lo había comprendido bien San Pablo, cuando escribía a los Colosenses: “Ahora me alegro de poder sufrir por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24). Así como lo había entendido el obispo de Piazza Armerina, mons. Mario Sturzo, que escribiendo a su más conocido hermano don Luigi, por entonces exiliado en Londres, le recordaba: “¿No es verdad que estamos inclinados a seguir a Nuestro Señor por el Monte Tabor, en vez de sobre el Calvario? Incluso al Monte Tabor no se va, sino por el camino del Calvario”. A las liturgias que cada año volvemos a vivir al terminar la Cuaresma, pues, no tenemos que participar como espectadores de la evocación de un evento histórico o, incluso, si falta la fe, como público delante de la representación de una historia considerada legendaria. Es necesario dejarse involucrar, para permitir que se renueve, en ellas, la eficacia del Bautismo que hemos recibido, para morir con Cristo en la vida del pecado y resucitar

con Él en la nueva dimensión existencial del amor. He aquí el porqué nuestro santo hermano Pío de Pietrelcina exhortaba: “Puesto que Jesucristo ha resucitado inmortal a la vida de la gloria, así, para decirlo como San Pablo, nosotros también tenemos que resucitar inmortales a la vida de la gracia, con el firme propósito de no querer nunca más, en el futuro, someternos a la muerte espiritual del alma” (*Epist. IV*, p.1120).

Dispongámonos, por lo tanto, a vivir la Pascua en unión espiritual con el Hombre de los dolores, aceptando con fe las pequeñas y grandes cruces que inevitablemente se imponen en algunos trechos de nuestro camino terrenal y, sobre todo, haciendo morir los instintos más bajos de nuestra naturaleza de criaturas para que después, Él nos asocie a la eterna felicidad. Que el Señor resucitado, por intercesión de nuestro Santo Hermano, que lo ha seguido por el camino de la cruz hasta compartir los sufrimientos y las heridas de su pasión, nos ayude a acoger íntimamente este gran misterio, a hacer experiencia espiritual, permitiéndonos renacer “inmortales a la vida de la gracia”.

¡Santa Pascua de Resurrección!♥

© derechos reservados